



PARTE SEGUNDA

MARÍA AMANTE

I

María amante en su purificación.

TODA la vida de María santísima se empleó en amar á Dios, y por Dios al hombre. Desde el seno materno comenzó con el uso de la razón y del libre albedrío que le fué dado á cumplir perfectamente este precepto, en que se cifran y resumen los mandamientos de la ley y de los profetas. El primer acto que ejercitó fué un acto de amor y reconocimiento á la divina Majestad, primer eslabón de esa cadena de oro preciosísima de amor y virtudes, nunca interrumpida y sin cesar prolongada, cuyos anillos, infinitos en número para nosotros, sólo

Dios que los galardonó puede contarlos. Pasmábanse los ángeles y velaban el rostro con sus alas, casi diríamos de vergüenza, al ver su propia tibieza en amar, cotejada con los purísimos ardores de su Reina, y gozabase Dios en la obra maestra de sus manos, y sentíase atraído como con poderoso imán hacia ese corazón inmaculado que sólo latía y palpitaba por El. Mejor que el Esposo de los Cantares podía decirle que le había herido el corazón con las flechas de su amor (1).

Fijándonos en algún paso concreto de Nuestra Señora, en el cual campee el amor de que vamos tratando, aunque hay innumerables que superan nuestra flaca comprensión, como por ejemplo: el de la Encarnación del Verbo en sus purísimas entrañas; el del nacimiento de su divino Hijo, cuando lo reclinó en las frías pajas del pesebre y lo vió como precioso joyel colgado de su cuello, ó durmiendo en su regazo, divina perla de los cielos en-

(1) Cant. iv, 9.

cerrada en la hermosa y blanda concha de sus brazos; ó bien en el paso de la circuncisión, cuando derramó Jesús por el hombre las primicias de su sangre y recibió un nombre sobre todo nombre; con todo, preferimos detenernos en el misterio de la purificación, porque en él rayó tan alto el amor de María hacia Dios y los hombres, que llegó al extremo de sacrificar lo que más amaba como Madre y como Virgen purísima: su propio Hijo, ofreciéndolo ya desde entonces para el rescate del mundo, y la honra de su virginidad y de su pureza, comparciendo á la vista de todos como mujer vulgar y pecadora. Cuánta fuese la inmensidad de este sacrificio y del amor que lo impulsaba, considerenlo las almas puras y piadosas, colocándose hipotéticamente en el caso en que la Virgen se hallaba. Bien hubiera podido exclamar quien no amase tanto á Dios como María: Señor, ¿y para exigirme tan pronto el sacrificio de Jesús me habéis hecho su Madre? ¿En esto habian de parar la salutación y promesas del ángel, en el terrible vatic-

nio del anciano Simeón: «Este Niño está destinado para ruina y resurrección de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradicción de los hombres, y una espada de dolor traspasará tu misma alma?» (1).

Sin embargo, nada de esto dijo María, y ofreció con irrevocable generosidad su único tesoro, más amado que su propia vida. Y confesémoslo: la espada predicha por Simeón nunca se apartó de los ojos de la Virgen. ¡Ah! cuando después fijaba sus dulces miradas en Jesús y contemplaba aquel gracioso semblante y bien formada cabecita, representábasele de pronto el infausto momento en que los judíos le escupirían al rostro y le coronarían de espinas. Si embebida en suavísimos pensamientos, tomaba con sus manos las blandas manitas de Jesús y las acercaba maquinalmente á sus labios para besar sus palmas, no pasaba mucho tiempo sin que le asaltase la idea de que un día las había de ver sujetas con duros clavos al madero de

(1) Luc., II, 34-35.

la cruz. Durmiendo y velando, quieto ó moviéndose, en cualquier actitud que viese á su Hijo, al punto resonaban en sus oídos las palabras de Simeón; y cualquier circunstancia, suceso ó acción, eran bastantes para renovar la memoria de la terrible profecía.

¡Cruel y prolongado martirio que asemejó á la Madre con el Hijo, é hizo que como éste no estuvo un momento sin padecer, así ella le acompañase en las penas del alma! Pero ¡con qué valor y heroica fortaleza abrazó ese martirio del corazón! ¡Cómo se ofrecía diariamente en holocausto perfecto por el amor hacia Dios y la salud de los hombres! Quien no sabe padecer, no sabe amar: el amor se prueba en el sacrificio; y era muy natural que quien amó tanto como María, padeciese también en su alma como ninguno después de Jesucristo.





II

María amante en la pérdida de su Hijo.

VIOSE esto manifestamente cuando, por divina dispensación, se quedó Jesús oculto en Jerusalén, y anduvo la afligida Madre buscándole con el santísimo José durante tres días. ¡Oh! ¡qué desamparo éste tan cruel para un corazón como el de María! ¡Perder á Jesús y no encontrarle! Los que por desgracia amamos poco á Jesús, ó no conocemos su valor y precio, no es maravilla que no sepamos apreciar ni sondeemos el profundo dolor de la que tanto le amaba y tan bien le conocía. ¡Miserable dureza y estupidez la del hombre que pierde por su culpa á Jesús, y no se afana en buscarle y recobrar su gracia!

No se condujo así la Virgen. Luego que advirtió que el divino Niño había desaparecido, desolada por la vehemencia del amor, corrió en su busca,

desanduvo el camino hasta Jerusalén, preguntó á cuantos hallaba si habían visto al amado de su alma; y si no interrogó á las soledades del bosque, á los árboles que orlaban las márgenes del camino y á las sierras que se empinaban hasta el cielo, era porque ni las sierras ni los árboles habían de contestar á su voz. ¡Ah! ¡Si las estrellas que tachonaban el firmamento, ó la luna que enviaba torrentes de luz, hubiesen podido decirle dónde se albergaba el hechizo de su alma, ó disipar por lo menos sus temores!...

Porque una de las espadas que más punzaban su corazón era el pensar si por ventura había llegado la hora del cruento sacrificio, y si los judíos, que ya en la cuna habían puesto asechanzas á Jesús, herederos del odio que le profesó Herodes, se habrían apoderado de El y dádole la muerte. ¡Y ella no estaba á su lado para compartir sus penas y arrostrar su suerte! ¿Qué falta había cometido para verse privada de tal dicha? ¿Acaso se había disgustado de ella Jesús, y había querido castigar sus descuidos con esta

ausencia? Repasaba minuciosamente su conducta, y aunque no le remordía la conciencia, y aunque recordaba que entre los dos reinó siempre la más perfecta conformidad de voluntades y pareceres, y que ella más que en su propio corazón moraba en el de su amado Jesús, todavía la humildad le hacía recelarse de sí y temer donde no había de qué. ¡Oh días de mortal congoja para ella y el glorioso San José, congoja sólo comparable al inmenso amor que le profesaban!

No dejemos pasar en balde este ejemplo de María, y aprendamos de ella la solícitud y presteza con que hemos de buscar á Jesús, si tenemos la desgracia (no lo permita Dios) de perderlo por la culpa.



III

María amante en la vida pública
de Jesús.

PARA apreciar dignamente la conducta de María durante la vida pública de su santísimo Hijo, es preciso considerar de antemano la situación respectiva de entrambos y el papel que cada cual, según los divinos decretos, debía representar. Jesús, durante los años de su predicación, no es ya meramente el hijo de la esposa del carpintero, que vive sólo para su madre en el taller oculto de Nazaret: es el Mesías prometido á las gentes, enviado por el Eterno Padre para ser luz del mundo, igual en todo á El por su naturaleza divina, y atento á cumplir sus más mínimos preceptos y á buscar su mayor gloria. Por consiguiente, el ministerio de Jesús es un ministerio público, en el que la carne y sangre no deben tomar parte ninguna. Sus

palabras, sus acciones, todo su continente y modo de proceder revelarán al Dios-hombre, que viene á establecer el reino de los cielos sobre la tierra, adoptando por ciudadanos de este reino, é hijos de su Padre celestial, á cuantos crean en Él y reciban su doctrina. Por esto al dirigirse á las turbas que le hablaban de su Madre y de sus hermanos, Jesús, señalando á los Apóstoles y discípulos que le seguían, dijo: «Estos son mi Madre y mis hermanos, como cualquiera que oye la palabra de Dios y la guarda» (1). En las cuales palabras no rebajó en nada á su Madre, porque fué la primera que, con infinitas ventajas sobre todos y con perfección infinitamente superior á todos, creyó y obedeció al Altísimo, siendo por esto bienaventurada, al decir de Santa Isabel (2).

En efecto; María, sin dejar de ser y presentarse, cuando conviene, como Madre de Jesús, aparece más de ordinario exteriormente como discípula amante y fidelísima del Redentor de

(1) Luc., viii, 21.—(2) Luc., i, 45.

los hombres, á quien sigue en compañía de otras piadosas mujeres. No esperamos durante la vida pública del Salvador que se abran los cielos y resuene en los aires desde el seno de una nube la voz misteriosa: Esta es mi Hija ó mi Madre amada, en quien siempre me he complacido; ni que en el monte Tabor asista á la gloriosa transfiguración del Hijo de sus entrañas; ni que en el solemne acto de la promesa ó institución de la Eucaristía se la vea tomando parte al lado de su Hijo ó al frente de los Apóstoles. Dios nada hace superfluo ó inconveniente, y no era este el puesto de María. Cuando Jesús le dirige la palabra en público, lo cual hace raras veces, nunca le da el regalado título de madre, por más que tengan cuidado los Evangelistas de avisarnos que lo es, ni la apellida con expresiones de cariño y de ternura; llámala de ordinario *Mujer*, porque este es el nombre que mejor cuadra al carácter y fines del que habla como Dios y sacerdote, según el orden de Melquisedech, y también á la que era la mujer por exce-

008766

lencia, el tipo y restauradora de la mujer decaída.

Sin embargo, estos diferentes aspectos en nada disminuían, claro está, el recíproco afecto que Hijo y Madre se profesaban, ni alteraban tampoco las íntimas relaciones que á entrambos unían. Buena prueba de ello nos ofrecen las bodas de Caná, á las que asistió Jesucristo en compañía de su Madre y de los demás apóstoles. Ya se sabe que cuando en el nupcial banquete llegó á escasear el vino, la Virgen, deseosa de evitar á los desposados el consiguiente sonrojo, llena de caridad, advirtió á su Hijo la falta para que la remediase. Era esto pedirle un milagro, y Jesús aún no había en público comenzado á hacerlos. Entonces fué cuando pronunció aquellas célebres palabras: Mujer, ¿qué nos va á ti y á mí en esto? Palabras en apariencia duras, con las cuales parecía querer desentenderse de la súplica que se le hacía; pero cuyo sentido penetró perfectamente la Virgen cuando, dirigiéndose á los que servían, les mandó hiciesen lo que su

Hijo les dijese. Obróse el milagro, y muchos creyeron en el que había convertido el agua en exquisito vino. Así la intercesión de María aceleró la hora de los prodigios, y á sus ruegos obró Jesús en público su primera maravilla.

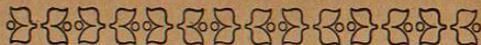
Lo que la Virgen debió sentir en su corazón de madre al ver que muchos creyeron en su Hijo, es excusado decirlo. No hay quien no lo comprenda. Cada triunfo, cada prosélito que su Hijo conquistaba, llenábala de inefable y pura satisfacción, no ciertamente humana sino celestial. Cuando le veía seguido de las turbas ávidas de su doctrina, aclamado de los pueblos, cuyos enfermos sanaba, y hasta vitoreado de los niños y de los pobres, cuyo amparo y defensor era, su pecho rebosaba de purísima alegría y no cesaba de bendecir al Señor porque había enviado al Redentor y Maestro del mundo. Mas cuando reparaba en la envidia de los fariseos, en la dureza de muchos judíos, en la ingratitud de los de su patria y en las bastardas ambiciones de los suyos; cuando oía

los improperios que á las veces le dirigían, los lazos que le armaban, ó veía quizá á sus enemigos alzadas las manos para apedrearle, á El, que había pasado por todas partes haciendo bien, contristábase profundamente su alma y recordaba el vaticinio del anciano Simeón.

¡Cuántas lágrimas derramó en silencio para alcanzar de Dios la conversión de estos espíritus obstinados! ¡Cuántas noches pasó en vela, orando por su pueblo! ¡A cuántos redujo con sus plegarias al buen camino, y les alcanzó la fe en su Hijo! Porque no hay que olvidarlo; María repartía los afectos de su corazón entre Dios y los hombres: á Dios y á los hombres amaba incesantemente; su manjar era hacer la voluntad del Padre y dar á conocer á Jesucristo en la manera que podía, principalmente por medio del apostolado eficaz de la oración. Para sí nada se reservaba sino la obscuridad, el anonadamiento, y, hasta si se quiere, el desvío exterior que en ciertas ocasiones parecía mostrarle su Hijo. En este desvío exterior, más

aparente que real, y en este anonadamiento y obscuridad se gozaba la Virgen, deseando eclipsarse por completo para que resaltase más la persona divina de Jesús, y fuese de todos glorificado.





IV

María amante en el Calvario.

LEGAMOS al punto más culminante de la vida de nuestra Señora con respecto á su divino Hijo y á todos los hombres. Si María, durante la vida pública de Jesús, permanece oculta y confundida con las piadosas mujeres que siguen al Salvador y se aprovechan de su doctrina, en el Calvario, y acompañada de las mismas, tiene un lugar preeminente y puesto fijo al lado de la Cruz. De pie, absorta en sublime éxtasis de dolor, con una constancia varonil y noble intrepidez, que manifiesta al mismo tiempo la más perfecta conformidad y la pena que destroza su alma, María, viva estatua del dolor resignado, no podía hallarse ausente de la montaña santa cuando iba á inmolarse el Cordero por la salvación de los hombres. María no podía faltar á su misión. Y no faltó.

Entraba en los designios de Dios que así como la caída del linaje humano se había verificado á la sombra de un árbol; así en otro árbol, en la Cruz, se obrase su rehabilitación, y que fuese vencido en la Cruz quien en el árbol del paraíso había salido vencedor. Y como en el paraíso un hombre y una mujer despeñaron al género humano en el hondo abismo de la muerte, y fueron causa de su ruina, así también quiso Dios que por otro hombre, Jesús, y por otra mujer, María, se obrase la salud de las gentes. «Es cierto, dice Ventura de Ráulica, que todo el mérito del sacrificio de la Cruz para nuestra salvación procede de que esta carne (la de Jesucristo) está substancialmente unida á la persona del Verbo, y que en él y por él es elevada, ennoblecida y hecha capaz, en la fragilidad humana, de dar una satisfacción de valor infinito, digna, por tanto, de Dios.

»Pero si, en cuanto á la grandeza del mérito, la persona del Verbo lo es todo en la ofrenda de este sacrificio, la humanidad, en la cual se ofrece, lo

es todo en cuanto á su cumplimiento exterior. Pues bien; esta humanidad es el fruto de las entrañas de María: ella la alimentó con su leche, ella la dió voluntariamente y la ofreció para la cruz por su conformidad y obediencia... Jesucristo se entrega en sacrificio y le da un valor infinito: María suministra la víctima.

»En el paraíso terrenal Adán pecó más gravemente que Eva. El pecó en cualidad de cabeza y padre de toda nuestra especie; su pecado, es, pues, el que se transmite á todos los hombres. Mas este pecado que todos cometimos en Adán, que todos recibimos en Adán, lo consumó el primer hombre con la fruta que Eva había cogido, que Eva llevó, que Eva ofreció á su esposo, persuadiéndole que la comiese (1), y por lo mismo el pecado de Adán es también el de Eva. Aunque el pecado de Adán sea propiamente el que nos causa la muerte, esta muerte, sin embargo, procede de la cooperación y de las manos de Eva... Así también la

(1) Gen., III, 6.

justicia que hemos obtenido en Jesucristo, y que recibimos de Jesucristo, la mereció El en la carne que María le suministró, ofreció y dió voluntariamente. Por esta razón el sacrificio de Jesucristo es también de María. Y aunque sólo Jesucristo sea propiamente el que nos engendra y vivifica, sin embargo, esta vida nos viene también por la cooperación y por las manos de María» (1).

Ahora bien, ¿no era conveniente y muy puesto en razón que María se hallase en el Calvario para unirse con Jesús y consumir con El el sacrificio?

Pero había además otra razón poderosísima, y más apremiante aún. Antes de expirar Jesús en la montaña santa tenía que hacer su testamento, dejar sus últimas mandas, legar al mundo su postrera voluntad; para todo lo cual era indispensable la presencia de María. Quería Jesucristo, en el exceso infinito de su amor, dar á los hombres antes de morir el don más

(1) Ráulica, *La Madre de Dios madre de los hombres*, 2.^a p., cap. xv.

excelente que podía: darles por madre su misma Madre, y obligarlos también á que la amasen y honrasen como hijos.

En efecto; después de haber rogado en la cruz por sus perseguidores y prometido el cielo al venturoso ladrón que le había confesado, el moribundo Jesús, llagado en todo su cuerpo, desangrado, sufriendo indecibles tormentos desde la cabeza, atravesada con punzantes espinas, hasta los pies, que se desgarraban por las aberturas de los clavos, lanzó su divina mirada sobre la Virgen Madre y el discípulo Juan, y con acento sublime que conmovió las entrañas de María, le dijo señalando al discípulo: *Mujer, he ahí tu hijo*. Y á Juan: *He ahí tu madre* (1).

Palabras misteriosas, cuyo alcance y eficacia no siempre tenemos presente. Porque San Juan no era sólo el discípulo amado: era el representante de todos los hombres: era toda la Iglesia personificada en él. Y al dar á Juan por madre su misma Madre, nos la

(1) Joan., xix, 26-27.

daba á todos: la daba á la Iglesia universal; y al encargar á Juan que mirase por María, hacía este encargo á la Iglesia y recomendaba á todos los hombres que tuviesen muy en el corazón á esta divina Señora, su honra, su culto, su devoción.

Sí; todos los hombres somos hijos de María: María es nuestra Madre. En la cima del Gólgota, entre agonias de muerte, combatida de olas de tristeza, nos engendró y dió á luz para Cristo. En aquel momento sublime, al resonar en sus oídos la voz solemne de su Hijo, su corazón experimentó hacia todos los hombres afectos verdaderamente de Madre. Porque las palabras de Cristo fueron obradoras y eficaces; y como al decir Dios, *hágase la luz*, la luz fué hecha; así, al pronunciar Jesús: *He ahí tu hijo*, despertáronse en María sentimientos de Madre tierna y cuidadosa hacia todos los hombres; ya que la compasiva Señora ni entonces ni nunca puso el menor obstáculo á la acción de Dios.

Pero ¡ah! ¡cuánto costamos á tan buena Madre! ¡Con qué acerbos dolores

nos dió á luz en el Calvario! Porque la verdad es que María sufrió allí un martirio tan cruel que, á no sustentarla la poderosa diestra del Altísimo, hubiera mil veces sucumbido á la fuerza del dolor. ¿Quién padeció más en su alma que María? Si el dolor es á la medida del amor, ¿no amó la Virgen á su Hijo más que todas las madres juntas han amado á sus hijos? Las otras madres dividen su amor y ternura entre los varios hijos, si los tienen, ó cuando no, la naturaleza ha repartido entre el padre y la madre el amor que se debe al vástago que engendraron. Jesús era hijo único de María, y únicamente de María que lo concibió de su purísima sangre, sin intervención de ninguna criatura; por manera que en sólo ella se reconcentra el cariño que tienen los que dan á otros el sér.

Además, si el amor es proporcionado al objeto que se ama, ¿quién hubo ni pudo haber jamás tan digno de ser amado como Jesús? ¿Y quién, como María, conoció lo que Jesús merecía ser amado? Por otra parte, si el ver

perseguido y maltratado al inocente nos mueve á amarle, aun cuando antes no le hayamos tratado ni conocido, ¿cómo no había de acrecentarse el amor en el pecho de María al ver puesto en la cruz y en tal figura al Hijo purísimo de sus entrañas, tan bueno, tan inocente y compasivo que á todos hizo bien y á ninguno mal? ¿Cómo no había de reventar su pecho de pena y de amor, viéndole tan diferente de como estaba en Nazaret á su lado, comiendo á su misma mesa y regalándose con Ella en celestiales pláticas? Además, y esto es lo principal, María en Jesús amaba, no á un hombre, sino á un hijo suyo, que era á la vez hombre y Dios; y ver morir á un Dios es cosa que hace romper de sentimiento las peñas y abrirse por sí mismos los sepulcros. Pues todo eso que padeció María, y que la lengua no alcanza á decir, lo padeció por nosotros, por nosotros, hijos de sus dolores... ¡Ah! quien después de esto no la ame, quien no se precie de ser su hijo, no merece ser hombre; más le valiera no haber nacido.